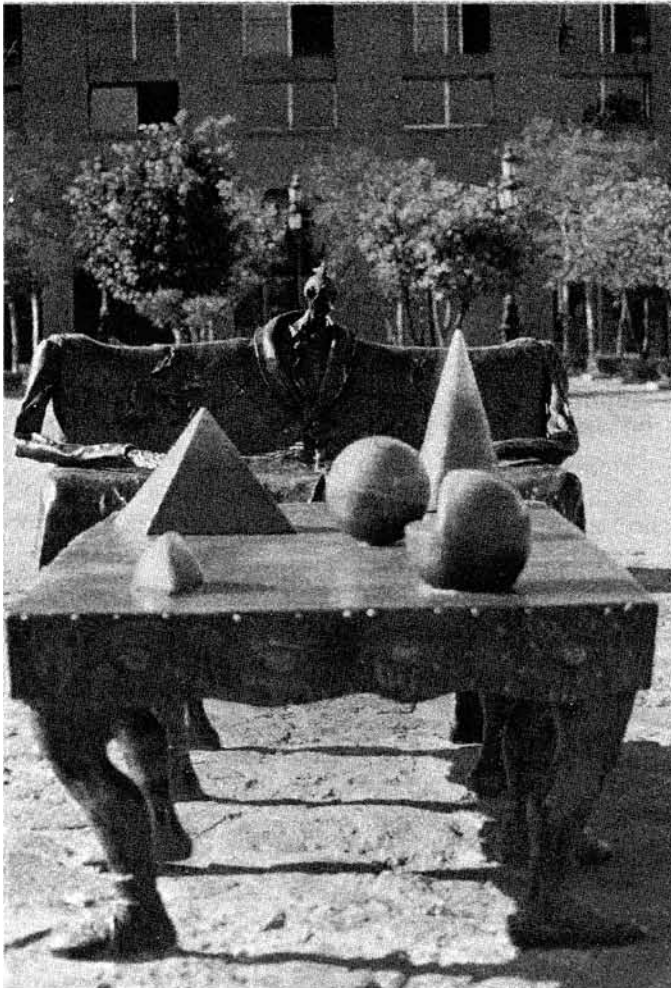


El parto de la amistad femenina

Luis Bernardo Jaime



Antonaros, Alfredo. *Para Sarah*, trad. Mercedes de Cerral, Circe, Barcelona, 1990.

Partícipes de una historia que las desborda, cuyas imágenes se suceden velozmente y sin posibilidad de urdirse en una trama coherente, dos mujeres se debaten entre el desgarramiento de un Líbano ya lejano y la grisura de las metrópolis francesas.

Desde el funeral de Sarah, la voz de la primera persona femenina intenta deconstruir "estratos de muchas historias", enfrentándose al anhelo de lo perdido eterno.

Entre los quince y los cuarenta años, cambios radicales ocurren y a cualquiera le da regocijo pensarse como una adolescente a la deriva en las calles de Marsella, al lado de quien era una amiga y algo más que una hermana.

Abulia ante una guerra que se desarrolla allá abajo, al sur, donde la indiferencia es regla, y cualquier expectativa, excepción. Mujeres avestruces que quisieran hundir la cabeza en la arena y, sin embargo, un instinto telúrico las ata a recuerdos y parajes desérticos.

Una, música; la otra, periodista. La música es como una jirafa, inútil, inocua y bella, demasiado etérea para ser asidero vital, mientras que la concreción de la palabra escrita no posee la fuerza para aferrar a un sentimiento.

Inconformidad constante, hambre de amor, deseo femenino que se resiste a ser el espejo de sus antepasadas, aquellas madres árabes que aprendieron a sobrevivir, a no atragantarse el mundo y a entender las infidelidades maritales como un mal a sobrellevar.

Para Sarah "[...] el amor debe ser [...] un instinto antropófago, para los hombres [...] es algo más epidérmico [...]" y, en medio de este canibalismo, la sucesión de amantes sin compromiso a quienes se entrega todo, evitando el miedo a la soledad, y que retribuyen poco.

Búsqueda obstinada de densidad, de espesor, que paradójicamente ha tomado la vía de la ligereza como la única posible para acceder a la compañía; en contraparte, la aparente y eventual estabilidad emocional de una amiga que termina por aceptar la derrota en una mesa supuestamente distinta a la de Sarah.

Pero por delante de toda lectura prevalece un legado: el de una amistad que rebasa los límites de la fraternidad y la solidaridad, testimonio de dos líneas que a veces convergen y en ocasiones divergen, donde el sentido no se encuentra en la relación sino en lo que cada individualidad ha dado de sí misma. ◆